Tomo 7

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 1

SAN JOSÉ, COSTA RICA 1923 LUNES 24 DE SETIEMBRE

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Thomas Carlyle

POR las calles de Chelsea, caminaba siempre solo, siempre pensativo, Thomas Carlyle. En sus paseos, se avivaban sus ideas, y el apartamiento lo afirmaba más y más en sus creencias y lo alejaba más y más del vulgo y de los *snobs* universitarios. Fanático entre los fanáticos, tuvo que luchar intensamente para ser tolerado siquiera, ya que en su patria triunfan casi siempre lo mediocre y lo convencional, y nada más contrario a las convenciones, a las hipocresías y las modas que el espíritu robusto y apasionado de Carlyle. Fué un original; Rubén Darío hubiera dicho un raro. Por su singularidad se hizo notable entre los suyos. Cuando se comentaban sus actos, los cachazudos burgueses decían alzando los hombros, «cosas de Carlyle». Ningún elogio más alto le podían haber rendido tales individuos, apegados a los formulismos, incapaces de romper la más insignificante regla. Cuando ellos alcanzan a ver que alguno tiene *cosas*, es que al que tachan de extravagante tiene personalidad propia, rareza, valor; que en él hay rebeldía contra el medio convencional y tibio, monótono y opaco. Es el mejor elogio que pueden otorgarle.

Carlyle fué un fanático y un raro, es decir, un fuerte, un vigoroso pensador, un infatigable artista de la pluma, un creyente en su obra. Lo único que le importaba era cumplir la tarea que se había impuesto. Su fanatismo le hacía sacar fuerzas insospechadas de su flaqueza. Era un enfermo, pero sabía cómo vencer su pertinaz dolencia.

En medio de las crisis más agudas, pudo labrar las páginas más bellas de su libro sobre la revolución francesa. Su fanatismo prestaba entereza incomparable a todos sus libros y le hacía escribir tan sólo lo que necesitaba decir. No formó una página inútil. No dijo nada opuesto a su fe. Algunos juzgarán equivocada la filosofía de Carlyle, otros peligrosa, poco práctica los más; pero ninguno, puede calificarla de insincera o tachar al filósoso de falso. Era simplemente un fanático y casi todas las grandes obras son de apasionados.

Carlyle era un artífice de la prosa. En raras ocasiones, la fuerza de la idea, el pensamiento apasionado hasta la furia lo hacían caer en exageraciones de mal gusto. En el *Sartor Resartus*, por ejemplo, abundan las figuras grotestas, que, sin embargo, son muy pronto olvidadas bajo el encanto del ritmo grandioso y la frescura musical de esa prosa que enseñó a Ruskin los secretos del estilo, aunque sin hacerlo partícipe de su vigor. Symonds, en brillante paradoja, dice que las frases de Ruskin son los platillos de la orquesta de Carlyle.

Lo único que preocupaba al filósofo inglés era cumplir con su misión, ya que su misticismo le hacía creer en ella con la seguridad de que solamente gozan los apóstoles y los profetas. Absorbido en su tarea, no le restaba tiempo para nada más. A su mujer la utilizaba con un egoísmo que a los respetables ingleses pareció abominable, al grado de olvidar los méritos del escritor junto a las faltas del esposo. Su mujer era, para él, amanuense devota, compañera fidelísima, administradora de su corto caudal y de su hogar humilde, mas nunca fué para Carlyle sino una hermana. El profetismo de Carlyle hizo de él un gran casto. La labor literaria, verdadero sacerdocio para Carlyle, hizo que no atendiera sino a ella, y subordinaba su esposa a su tarea. No podía apasionarse su corazón sino por una cosa, ya que era de fanático, y la literatura era la real amante de Carlyle, y es bien sabido que los hombres prefieren siempre a sus amantes. Por eso Stevenson, humano y previsor, no aconseja a las doncellas que lleven al altar a literatos. Además, era Carlyle un genio y ninguna senda más espinosa que la que tienen que seguir las mujeres de los semidioses. Si ellos sufren, ellas padecen más; si difícil es la misión de los genios, mayor la de sus esposas. Aunque sea incómodo ser genio, resulta más molesto ser esposa de un genio. Pocas mujeres han tenido que soportar más sinsabores que las de Tolstoi y Carlyle. Pagaron

THOMAS CARLYLE

(Del cuadro de Sir JOHN MILLAIS).

muy caro el honor de ostentar tales nombres.

Sin embargo, se ha exagerado mucho el mal trato que daba Carlyle a su mujer. Las conocemos por el *Diario* de ella y sobre todo por un libro de Carlyle, *Reminiscences*, escrito en una crisis de arrepentimiento provocada por la muerte de su esposa. Ese libro, por lo tanto, es el de un doliente pecador que, al confesarse, exagera su falta con la esperanza de alcanzar el perdón y la gracia, de ser bañado en las aguas transparentes y claras del Jordán.

Carlyle andaba siempre solo por las calles de Chelsea, con los ojos bajos, sin apartarlos nunca de la tierra. Todos los vecinos lo veían a la misma hora, recorriendo las mismas calles, como acostumbraba el metódico Kant, pero no se atrevían a aproximarse a él. Al mirarlo, se conformaban con guiñar los ojos, con mezcla de respeto y de lástima, «cosas de Carlyle». Por fin, cierta ocasión, unos trabajadores se pusieron de acuerdo para hablarle; se acercaron a él y le dijeron:—Hermoso día, Mr. Carlyle—y el filósofo, sin detenerse, con los ojos siempre fijos en la tierra, les respondió:—Díganme alguna cosa que no sepa—, y nadie volvió a acercársele más en sus paseos vespertinos y solitarios.

Carlyle se proponía adoptar la carrera eclesiástica, pero ya avanzado en ella, casi para terminar los estudios teológicos, le pareció demasiado estrecho el criterio de la iglesia y abandonó los hábitos y se entregó a las bellas letras, por las que había sentido especial devoción: fabulosos parecen los relatos sobre las lecturas juveniles de Carlyle.

La amistad del filósofo con Edward Irving en Kirkcaldy lo afirmó en la idea de abrazar el humanismo como profesión. En esa misma época, estudió a fondo el alemán, lo que le mostró un mundo desconocido y nuevo. Si para él fué una revelación, a Inglaterra, Carlyle le descubrió Alemania. Inglaterra, tan refractaria a la filosofía, al conocimiento ordenado y sintético, conoció el pensamiento alemán a través de Carlyle, conocimiento que renovó la literatura de Inglaterra. Si ya la influencia de Francia era decisiva en las Islas Británicas, desde entonces la alemana disputa en ellas la supremacía a la dulce Francia. A partir de Carlyle, vemos cómo luchan las dos influencias, la francesa y la alemana, y cómo esa doble corriente, ha hecho florecer al mismo Carlyle por un lado y a Mattew Arnold y a Pater por la otra; a Henry James, Lord Dunsanny, Joseph Comrad de cultura eminentemente francesa, y a Bernard Shaw y los últimos filósofos discípulos de Schopenhauer, hijos legítimos de la cultura alemana.

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE
Apartado 533
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega	¢ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El tomo (para el exterior)	$ 3.50 oroam.
La página mensual de avisos (4 inserciones)	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

Carlyle nació de nuevo cuando descubrió a Alemania. Entusiasmado y agradecido fanáticamente escribió la vida de Schiller y tradujo el *Wilhelm Meister*. Sus relaciones con Goethe lo llevaron a escribir sus mejores cartas y a solucionar su crisis religiosa, pues comprendió las hondas enseñanzas de la vida y las obras del poeta germano. En 1826, publicó los *Specimens of german romance*, y más tarde, habiendo estudiado a fondo las diversas corrientes del pensamiento alemán, sustentó en Londres una serie de conferencias sobre tal asunto.

Jamás dejó de hablar sobre Alemania a sus discípulos y amigos. Su obra monumental, considerada por la mayoría de los críticos como su obra maestra, la *Historia de Federico el Grande*, coronó estas enseñanzas, esta labor titánica y constante.

Carlyle, después de su colaboración en la enciclopedia de Brewster, en la que inició su labor literaria, y de sus trabajos en la *London Magazine*, que publicó su vida de Schiller, y en la *Edinburgh Review*, dirigida por Jeffrey, que admitía en él algún talento, logró editar el *Sartor Resartus* (The Tailor Done Over, título de una vieja canción de Escocia) que había visto la luz en la *Fraser's Magazine*, de 1833 a 1834.

El Sartor Resartus, donde, como en ninguna de las producciones de Carlyle, se entreteje, de manera inesperada, lo sublime y lo grotesco, despertó la curiosidad y la crítica. Carlyle, al fin sacudía al público. Otro libro nuevo sería un éxito definitivo o un ruidoso fracaso. Carlyle lo sintió así y a trabajar se dedicó entusiasta, con mayor fe y seguridad que antes.

En 1837, apareció *The French Revolution*, hermoso estudio filosófico que evoca a maravilla toda una época y que crea personajes de fuerza extraordinaria, en medio de la cadencia majestuosa, aterciopelada y brillante de espléndida y riquísima prosa. El entusiasmo juvenil campea en este libro, a veces demasiado sonoro, y si la historia del emperador Federico es más armoniosa, más igual, mejor hecha, esta creación es más intensa, más gallarda. Este libro, como ninguno, contribuyó a la formación del estilo de Ruskin, que tanto habría de influir en el de Walter Pater y más tarde en el de Wilde—¡Curiosa escala! Del fanático y duro traductor del *Wilhelm Meister* al elegante poeta de *Salomé*, al crítico atildado y sutil de *Intentions*, al cuentista risueño y travieso, amanerado quizás, al restaurador de la comedia de paradojas y de frases. *The French Revolution* estableció definitivamente la fama de Carlyle. Si la gente no lo entendía, sí lo respetaba, como si no gusta de Homero o de Esquilo, no se atreve a juzgar mal de ellos y con desconfiado temor afirma siempre que Esquilo y Homero son dos geniales escritores.

Después vienen *The History of Literature, or The successive periods of european culture* y *The Revolutions of Modern Europe*, donde manifiesta el peligro de la democracia mal entendida, que ya no es tal en realidad, sino plebeyismo bajo y mediocre. Este libro no tuvo influencia práctica, según lo comprueba la situación actual del mundo.

Mas tarde, el más conocido de sus libros *Heroes Heroe-Worship and The Heroic in History*, si no el más acabado. ¡Qué raro el hombre que se hace famoso por su mejor libro, o que es conocido por él! Muy pocos han leído las dos obras maestras de Carlyle o su eruditísimo y admirable *Oliver Cromwell's letters and speeches*, y en cambio no hay velada en honor de algún melenudo poeta de provincia donde no se diga de ese poeta, «era un héroe como los de Carlyle»; del mismo modo que se recuerda a Shakespeare por *Romeo and Juliet* y no por *King Lear* o *Hamlet* o *The Tempest*, y que Beethoven no se hizo famoso, durante su vida, hasta que dirigió una de sus marchas ante inmenso concurso, y que de la literatura yanqui no se conocen las poesías bellísimas de Poe sino por unos cuantos y en todas las escuelas se recuerda, con hipócrita unción, la despreciable vida de Benjamín Franklin, directo antecesor de Bryan. ¿Mas para qué seguir examinando toda la obra titánica del enorme Carlyle? Toda es grande, toda bella, toda fuerte. Olvidemos los temblorosos balbuceos de *Reminiscences*, publicado por la amorosa indiscreción de Froude, el ejecutor testamentario de Carlyle; pero sin abandonar los

otros, manantiales sin fin de alentadoras enseñanzas.

En vida, como ya he dicho, vió Carlyle coronada su frente por el laurel glorioso. Muchas injusticias e incomprensión sufrió, pero los escogidos lo escucharon. Si el vulgo literario sólo se asombraba ante su fuerza, si el público lo veía como a algo raro, los prerrafaelistas, refinados e inteligentes, si los hay, lo entendieron bien y no pudieron menos que inclinarse respetuosos ante el viejo profeta, lo que debió alentarlo a seguir en la brecha indiferente a las moscas de que habla Nietzsche.

Whistler logró hacer un retrato de Carlyle merced a los buenos oficios de una dama italiana, pues al bronco escritor no le agradaba exhibirse y era impaciente en demasía. Cuando Whistler empezó a trabajar en el retrato, Carlyle suspiró con alivio al ver que se empleaba un grueso pincel. Por desgracia, el minucioso Whistler hubo de emplear más adelante pinceles muy sutiles, y entonces el filósofo se impacientó y sus protestas fueron poco piadosas, costando a los presentes gran trabajo apaciguarlo. Consiguieron al fin que permitiera terminar la copia de su rostro. El cuerpo fué trazado después, utilizándose un modelo.

Nada nos ayuda a entender a un artista como conocer su vida y la impresión que producía en sus coetáneos inteligentes y comprensivos. Los prerrafaelistas dejaron cartas y algunas impresiones sobre el filósofo de Chelsea. William Holman Hunt, el devotísimo historiador de la hermandad prerrafaelista, escribió, en su libro monumental sobre ella, estas hermosas páginas, de las que se destaca clara y viva la inquieta figura del filósofo:

«Cuando yo vivía en Chelsea,—dice—habitaba una casa vecina a la de Carlyle, quien se había granjeado ya, gracias a su genio purísimo, tal respeto y admiración que se consideraba como verdadera heregía el limitar de cualquier modo la adoración que se le prestaba. Aunque Thomas Carlyle carecía del brillo indispensable a los profetas que regeneran y alientan a los fracasados hijos de los hombres, la lectura de cualquiera de los capítulos de él no puede menos que convencer a cualquier hombre que piensa del gran valor del tumultuoso genio del filósofo. No puedo explicarme, por lo tanto, la variación que ha habido en el sentimiento hacia él después de su muerte, ni cómo puede mantenerse tal antipatía estando como están sus libros al alcance de todos. Esta antipatía ha nacido quizás de que la inteligente Mrs. Carlyle, a falta de confidentes vivos, confió a su *Diario* sus sufrimientos, ajena a que habría de hacerse público. ¡Qué cambio en la reputación de Carlyle, si se compara con la de los días en que los jóvenes autores como James Hannay dejaban mi compañía por un cuarto de hora para solamente contemplar al viejo sabio a través de la intimidad de su balcón!

»He leído todos los libros de Carlyle, pues cuando no los podía comprar me los prestaban y con todo el respeto de que es capaz mi naturaleza he visto a nuestro profeta arrastrándose por las calles vecinas, bajo el peso de su triste genio—me pareció que no llevaba nunca con él a la alegría. Extravagante, como en realidad era su aspecto en su lento vagar, debe advertirse que nunca dejaban los transeuntes, ni siquiera el más grosero mozo, ni el colegial más impúdico, de callar respetuosos a su paso. Se apagaban los gritos inútiles, el ocioso ajetreo ante la apariencia grotesca y la interna majestad de Carlyle. Es digno de notarse también que ninguno de los graciosos incidentes callejeros, ni de los juegos de los chicos o los retozos de los jóvenes hacía detenerse a Carlyle, ni volver la cabeza – sus ojos siempre bajos se veían a sí mismos. A pesar de este hábito de concentración mental, estaba presto a tornar a la realidad. Un día, mientras paseaba por una angosta acera, acertó a pasar una dama envuelta en ancha crinolina y mil cintas; Carlyle se enredó en una de ellas y cayó, pero sin perder la presencia de ánimo desenredó sus pies y se levantó, hizo una amplia cortesía a la señora y siguió su paseo, sin descomponerse, con elegante gravedad, sin manifestar a la dama ningún enfado ni el más leve asomo de burla.

»Con anterioridad a esto, un visitante de Carlyle, al abandonar la casa de éste para verme, informó de su propósito a Mrs. Carlyle, y la señora se informó interesada sobre mi persona y trabajo, curiosidad en la que fué partícipe también su esposo. Esto me indujo, cuando hube acabado algunas pinturas, a pedir a este mutuo amigo que averiguara si el profeta y su esposa se dignarían honrarme con una visita. Aunque yo no lo exaltaba tanto como sus incondicionales adoradores, sí reconocía en él a uno de los verdaderos gigantes de Inglaterra. Obsequiando mis deseos, acudieron Carlyle y su señora.

»En su primera visita, me pareció más alto y joven que cuando lo veía por la calle, y su rostro, a pesar de una sombra de apergaminada tristeza, era uno de los más nobles que he encontrado. Sus ojos azules de grandes órbitas, muy hundidos, tenían los párpados superiores caídos sobre el iris y los inferiores dejaban al sol a veces toda la parte baja de la córnea. Las cejas eran prominentes, el cráneo grande y elevado, hirsuto el cabello. La nariz y la barba de armonioso tamaño, y, en general, el aspecto del maestro tenía una dignidad inconfundible y propia. Un síntoma de debilidad era la flacura del cuello, y la falta de robusto desarrollo se acentuaba por ligero encorvamiento. Su voz se atiplaba cuando quería animar el melancólico tono de su plática. Seguir su charla era escuchar la lectura de sus libros. No sostenía nunca un diálogo, pero la ternura del hombre se delataba con la naturalidad de sus ademanes y la exactitud oportuna de sus primeras palabras. Como todos los grandes hombres que he conocido, no toleraba ninguna afectación. El presumía, no sin motivo, que la gente —los jóvenes en particular deseaban que él hablara, no que escuchara a otros, y tal seguridad era la norma de su conversación.

»Sus comentarios entusiásticos a mi *Pastor Mercenario* y mi *Oveja Descarriada* sobrepasaron a mis más atrevidas esperanzas. Una carta de Mrs. Carlyle me probó que no fueron pasajeros ni superficiales sus elogios:

«Querido señor Hunt:

¿Me hará usted el servicio de permitir a Mr. Watson que vea su pintura?

Como he despertado su curiosidad muy vivamente, me considero obligada a conseguir que la conozca.

Mr. Carlyle dice: —Es verdaderamente un gran cuadro. ¡El más grande que ha pintado un moderno!—y como es sabido que Mr. Carlyle sólo alaba de manera negativa: (—no es un mal cuadro,—un pintor que no deja de tener cierto mérito—etc. etc.) el presente entusiasmo de positiva alabanza es inusitado y es además tan ardiente que le hace decir que la pintura de usted no será igualada «por ninguno de nuestros contemporáneos».

Sinceramente:

JANE W. CARLYLE».

»Semejante éxito me animó a repetirles mi invitación a visitar mi estudio.

»Mrs. Carlyle, charlando con amigos míos, había afirmado a menudo que ella había sido una belleza y que sus familiares mucho se opusieron a su unión con Carlyle. También a mí me dijo alguna vez lo mismo. Parecíame absurdo que la mujer que merced a su matrimonio se había convertido en una de las celebridades de su tiempo —en vez de vegetar al lado de alguna respetable mediocridad—pudiera pensar en lo que por él había renunciado. A pesar de esto, pude observar que estaba orgullosa hasta la vanidad de su esposo. Mientras él hablaba, ella se colocaba a sus espaldas, y cuando

Carlyle decía algo digno de especial atención, ella, con toda naturalidad me sonreía, aprobando con un signo, y cuando la primera vez creí que yo debía hablar, ella se llevó el dedo a los labios y sacudió la cabeza para imponerme silencio. Algunas veces se quejaba de las molestias que le causaba su esposo, molestias que anotaba en su *Diario*, como por ejemplo la inmoderada exigencia de su marido cuando en un viaje le pidió por correo que le remitiera inmediatamente botones para el traje, y su furia por no haberlos recibido luego, a pesar de que sabía que la carta había llegado a Mrs. Carlyle ya cerradas las tiendas. Sin embargo, yo creo que era una de las mujeres más envanecidas con su suerte.

»La segunda visita de Carlyle a mi estudio me reveló mejor la naturaleza íntima del hombre, al examinar los cuadros que le mostré, *La Conciencia Despierta* y *La Luz del Mundo*, recién acabadas. Habló con aprobación de la primera, aunque sin comprenderla artísticamente, pues al reparar en el reflejo luminoso del follaje en la mesa me dijo:

—La luz de la luna está bien dada.

Al ver la otra así habló sin detenerse:

—Usted llama a eso, según creo, una imagen de Jesucristo. Su personalidad de usted no ganará nada con semejante pintura, como no sea dinero, ni a ninguno en la tierra aprovechará que se haya dado vida a una concepción meramente papista, y sólo juzgarán todos al verla que es un error haberla hecho, o una imperdonable incomprensión. Es presentar muy pobremente al más noble, al más humano, al de mentalidad más heroica que ha caminado por la tierra de Dios. ¿Puede usted suponer que Jesús saldría aderezado con ricos ropajes pontificios y con una corona y con deslumbrantes joyas en el pecho y con llamativa y orgullosa aureola en la cabeza? Ni coronas, ni ropas imperiales otorga nunca el mundo a hombres como él. ¡Bueno! y si lo que usted quiere es presentar al Cristo espiritual, ha escogido la peor forma, pues ha elegido aquella con que Jesús ha sido disfrazado desde el comienzo de la iglesia por los hombres de mundo que hacen de las mezquinas ambiciones de ellos las de él, repitiendo así la abominable traición de Judas. Usted debe meditar hondamente en la antigua alma heroica de Jesús; si usted la ha comprendido y ha entendido su carácter, no debe hacer que la gente retroceda y adore el disfraz que los levitas han vestido a Jesucristo, para conservar las estúpidas almas de los hombres en las redes de la esclavitud y las tinieblas. ¿No se da usted cuenta de que contribuye a que la gente crea lo que usted sabe que es mentira, lo que usted no cree, lo que a usted le repuga? La primera pintura, con el loco atolondrado y vil y su lastimosa y desgraciada víctima, es muy real, pero ésta, ésta no, ésta representa una engañifa, una farsa, en ocuparse de la cual no debe nadie perder el tiempo».

Hasta aquí las páginas de Hunt.

En vano intentó éste defender la pintura, inútilmente quiso convencer al filósofo de que creía en lo que había pintado, y menos aún de que Carlyle también creía en la idea así representada. Carlyle al escuchar tal cosa, alzó la voz furioso, y el prudente dedo de la esposa del filósofo indicó a William Holmant Hunt que debería callar.

La magnífica imprecación salida del alma de Carlyle, en arranque irresistible de protesta, nos enseña su carácter rebelde y leal. El amaba a Cristo, pero al Cristo verdadero, al que paseaba por las campiñas lozanas y sonrientes de Galilea, al que entendía las flaquezas de la mujer adúltera, de Magdalena, de los samaritanos, al que abominaba de las formalidades rituales y de los fariseos, no al torvo, dogmático, triste y convencional de las iglesias. Carlyle era un fanático y un artista y no podía transigir con farsas de mal gusto.

El Cristo de Carlyle es el de todos los artistas, el que soñó Verlaine cuando increpaba al Papa y le decía más o menos así:

—Abandona tus palacios magníficos, deja solos a tus obispos resplandecientes, no hagas caso de los esplendores oropelescos y dispendiosos de la liturgía, vuelve otra vez a pedir limosna por las calles, a besar las heridas pestilentes de los leprosos, a andar con los humildes por las praderas húmedas, y el mundo en masa volverá al Hijo de María.

XAVIER ICAZA

BIBLIOGRAFÍA.—La mejor edición de las obras completas: *Works of Carlyle*, publicada en 1896 a 1899 en treinta volúmenes, en Londres y Nueva York, con motivo del centenario del nacimiento del filósofo.

Deben consultarse en particular: *The correspondence of Thomas Carlyle with Ralph Waldo Emerson* (Boston, 1833); *Early letters of Thomas Carlyle* (New York, 1886); *Letters of Thomas Carlyle* (New York, 1888); *Correspondence between Goethe and Carlyle* (New York, 1887); todos los libros anteriores, editados por el profesor C. E. Norton. *Carlyle's letters to his youngest sister* (Copeland, London, 1889). Acerca de su vida y sus obras son de recomendarse:

Memoirs of the life and writings of Thomas Carlyle (De Shepherd y Williamson, London, 1881); *Thomas Carlyle, the man and his books* (Wylie, London, 1881); *Carlyle personally and in his writings* (Masson, London, 1885); *Carlyle and open secret of his life* (Larkin, London, 1886); *Life* (Garnett, London, 1887); *Life* (Nichol, New York, 1894); *Froude and Carlyle* (Wilson, New York, 1898); *Life of Jane Welsh Carlyle* (Mrs. Ireland, London, 1891); *The bibliography of Thomas Carlyle* (Shepherd, London, 1882).

Para conocer el medio en que vivió Carlyle, ningún libro mejor que:

Pre-Raphaelitism and the Pre-Raphaelite Brotherhood (William Holman Hunt, O. M, D. C. L., 2nd edition, New York, 1914).

Glosas

EL SILENCIO DE CORDOBA.

QUÉ ruidito, el de Sevilla, toda la noche! Ciudad zumbona, zumba como una abeja.

Para silencio, la noche de Córdoba. Es un silencio de maravillosa calidad.

Se diría tangible. Y denso, compacto, sólido.

Cae pesadamente, este silencio nocturno sobre las angostas callejas, las plazas vacías. Aquí gravita, se hunde, y entre las paredes se moldea, como un flan, como un pan.

Puede cortarse el silencio en Córdoba. De él pueden rebanarse tajadas.

¿Fatigado estás, amigo mío, agostado y vacío, por la atroz usura del mucho vivir...? ¡A ver, mozos—ángeles—, una tajada del silencio de Córdoba para el señor!

SONETOS DE EUGENIO DE CASTRO.

ESTOY muy contento, porque Eugenio de Castro me ha dedicado el soneto sobre Córdoba, en su reciente y tres veces admirable colección española *A mantilha de medronhos*.

Pero tal vez, así, niño ávido entre juguetes costosos, sin dejar el que acaban de regalarme, antes agarrándolo más fuertemente, intentara arrebatarle el suyo a Enrique Díez-Canedo, ganancioso de este soneto sobre Málaga:

Em Malaga, entre vinhas e pomares,
sobre o Mediterráneo, há uma colina,
donde em claras manchas se descortina
Ceuta, a Ceuta da gloria e dos azares.

—Não a vês?—diz-me alguem. Os meus [olhares
debalde a querem ver na manhã fina;

mas atravez da aquatica neblina,
só una longínqua sombra vi nos ares...

Na minha vida, longa ja, tamben
mais duma vez me tem gritado alguem:
«--Olha! Olha a Ventura! Lá vem ela!»

Quero em astros mudar os meus da olhos,
quero a Ventura ver! E abrindo os olhos,
vejo-lhe a sombra, mas não logró vê-le!

Es posible que la gravedad inteligente, y aun el sabor racionalista de estos poemas de Eugenio de Castro, no hubiesen sido gustados plenamente en el inmediato ayer, durante el período que hemos llamado «guerra y trasguerra», y que ya conocemos como una *recaída* en el siglo XIX; tiempo en que la sensibilidad de las juventudes poéticas ha sufrido todas las tentaciones del *balbuceo* y se ha alabado impíamente de sucumbir a ellas. Pero hoy, los más nuevos, regresados a la sabiduría de recordar que *la Palabra es oro; el Silencio, plata: la Interjección sólo calderilla;* los más nuevos, capaces de fabricar mieles en la geometría y de sentir, en reciprocidad con Pascal, «los sentires de la Razón, en que el corazón no palpita», y de encontrar a Dios, como el filósofo pulidor de cristales, en la maravilla de que la suma de los ángulos de un triángulo valga dos rectos; los más nuevos, digo, darán toda la excelencia de su precio al señorío negligente y sonriente con que *La mantilla de madroños* toca algunos de los temas españolistas más gastados, dejándolos en postura de sencillez y, por lo mismo, en postura de eternidad.

UNA ESCUELA MONTAÑESA NOVISIMA.

¿Un imperativo de estirpe impedirá quizá a los poetas de nuestra Montaña dormirse y perder el don sagrado de la memoria en los venusbergos de la impresionística y dispersa sensualidad? El caso es que entre entre ellos la poesía no se ha olvidado ni un momento de lo retórico y togado, de la abstracción conceptual y el noble prosaísmo, de didascalias y arquitecturas. En una *Antología* general, publicada en Santander hace poco tiempo casi no encontramos excepción a lo que decimos.

Pero las manifestaciones más recientes de esta fórmula de la sensibilidad—que, con un nombre ilustrado por la historia del arte español, podríamos llamar *herrerina*—nos parecen capitalmente interesantes. Puestos a prosaísmo y conceptualidad, estos jóvenes líricos montañeses *fuerzan la nota, y de vuelta* de tantos éxtasis, deliquios, embelecos y otros espiritismos como hasta ayer tarde estuvieron a la moda, hácense otra vez con las riquezas de la *literatura*, aquella misma literatura que un día empezara a considerar como «resto» o residuo despreciable, el pobre Lelian.

Retengamos entre los herrerinos de última hora los nombres de Gerardo Diego, José del Río y José María de Cossío—aunque ignoro si este último es, en rigor, montañés o valisoletano. El caso del primero me parece el más ejemplar. Tengo entendido que vivía apartado, como una especie de hijo pródigo, del racionalismo poético. En sus últimos poemas le veo, sin embargo, llamar, con mano todavía vacilante y temblorosa, a la puerta del padre.

EN UN LUGAR DE VALENCIA.

Si en la noche de Córdoba el silencio se encharca, en la noche de este pueblecillo el ruido se arracima.

Me han dicho que los proveedores de pirotecnia, cuando, con motivo de algunos festejos de upa, tienen que remitir aquí una buena traca de encargo, toman la precaución de no entregarla la antevíspera ni la víspera, sino el día mismo en que hay que disparar. Sin eso, a los del pueblo, con tenerla anticipadamente, les entra comezón de encenderla; no resisten, lo hacen; y luego viene el tirarse de los pelos al llegar la solemnidad anunciada y encontrarse sin municiones.

De un hombre del lugar hablábase ayer, en la tertulia de la botica. Buen padre de familia, buen trabajador: pero, según parece, nunca llega a salir de apuros.

—Trabaja mucho, cuentan de él; gana bastante... *Pero todo se lo gasta en cohetes.*

COHETES

Noche de Junio. Uno de estos ágiles levantinos ha subido a la azotea de su casa y lanza un cohete.

La noche es tan clara y el croar de ranas tan docto, que yo estaba pensando en temas de astronomía... Ahora pienso en los cometas.

Y me digo: El cometa es al cohete lo que el tigre al gato.

Un cohete es un cometa domesticado.

Mas—¡paradoja!—mientras la gracia de los cometas en estado salvaje —de los cometas en que se ocupan los astrónomos—consiste en comparecer en la fecha y hora fijadas, según los cálculos, la gracia de los cometas en estado doméstico—es decir, los cohetes—estriba en ser imprevistos.

Va esto contra los que juzgan que la civilización es algo soso y rígido y que no lo es la espontaneidad salvaje.

Al revés: Lo rígido, lo soso, es el salvajismo, porque deja mucho mayor campo a lo fatal. La civilización es una divina flor de contingencia.

¡Subid, escalad las alturas, cohetes imprevistos, cohetes contingentes—¡normas!—libertades!

EUGENIO D'ORS.

(A. B. C. Madrid).

La estrella del Norte

No sé porqué voy a Suecia. No sé por qué siempre que me decido a hacer un viaje serio salgo siempre en la misma dirección: la de la brújula. Verdad que a veces viajo en otras direcciones, pero entonces sé muy bien por qué. Voy a dar una conferencia, o un asunto de familia, o a ganarme la vida, o a cosa perfectamente definida y concreta. Pero cuando fuí a Inglaterra por la primera vez, cuando fuí a Alemania por la primera vez, y ahora que voy a Suecia, es inútil que me diga que voy a visitar la Exposición de Gotemburgo, como también fué en vano que me dijese cuando fuí a Alemania que iba a estudiar la filosofía de Kant, porque lo más cercano a la verdad es aquello que me dije cuando fuí a Inglaterra, y es que iba a estudiar el secreto de los anglo-sajones, que es lo mismo que decirse que va uno a visitar la cueva de Aladino, porque nadie lo ha averiguado, y haría falta comenzar por hacer los anglo-sajones antes de sorprenderles el secreto.

Sé que cuando joven veía yo pasearse por el Campo Volantín, de Bilbao, dos señoritas escandinavas, altas y blancas, delgadas y blondas. Yo las miraba largamente, sin el menor deseo de hablarlas, pero con ganas de seguirlas hasta el fin del mundo, como sigue una estrella el marinero. Como la sigue: sin alcanzarla nunca. Esta cochina vida: desear siempre. Esta vida adorable: desear siempre. He oído decir que los niños de Suecia aprenden a leer en un libro divino, que desearía se adaptase a nuestra tierra y a nuestro idioma,[1] y se titula: «Viaje maravilloso de Nils Holgersson a través de la Suecia», por Selma Lagerlof, que es un libro en donde el genio de los bosques, de los pájaros, de las piedras antiguas, y de las bestias salvajes y domésticas descubre sus misterios a los niños, que ya los sienten, mejor que los mayores, pero que no los saben.

---

(1) Existe una edición castellana de tal libro. Traductor: Carlos Antonio Talavera. EDITORIAL CERVANTES. Barcelona. 1921. *N. del E.*

Una dama italiana, casada con un sueco, la señora Leonia Berberini-Sjoestedt, dice que la literatura sueca es actualmente una literatura de epopeya, donde se canta la historia de los Vikings, y en la que el espíritu del Norte, cuando pulsa las cuerdas de su lira, levanta en el pecho de los hombres, por el recuerdo de las hazañas del pasado, el deseo de las proezas del mañana.

Serán las noches estivales. Dicen que son muy claras, tan claras que parece verse detrás de ellas todo el misterio de los cielos, y como sólo parece, y no se ve, los corazones vuelan al través del espacio infinito, y se embriagan con una nostalgia especial sueca, que no es la *saudade*, que no es tampoco el dolor cósmico de los alemanes, ni la añoranza nuestra, ni el languidecimiento que, a veces, acomete a los franceses, aunque la palabra *langtan* es algo parecida, sino que es precisamente el ansia de lo desconocido, y que parece que surge con las noches largas y claras, cuando el esplendor de los espacios apaga las estrellas y el firmamento se convierte en un velo ligero, y uno no sabe si lo que quiere es volver a ser joven y vivir de nuevo, o envolverse en una mortaja y echar a andar, para morir de pie.

Pero hay un cuento de Selma Lagerlof, en que dice un pastor de la isla de Oland:

«El que se sienta una vez en esta tierra, deseará siempre, eternamente, sin saber lo qué».

Del otro lado de la tierra, en la Mesopotamia o en Sumatra, hay un jardín tan perfumado y rico, que el mortal que lo visita se siente satisfecho para siempre. Allí el arroyo de la vida se despliega en un lago y se da al sol, que le sorbe las aguas, sin que lo note tan siquiera. Allí mueren las aguas. Yo voy a donde nacen.

RAMIRO DE MAEZTU

(*El Sol*, Madrid).

El ocaso de don Juan

RECIENTEMENTE dictó un Tribunal francés una sentencia que merece ser conocida y comentada, como indicio del progreso que van haciendo ciertas ideas moralees en el mundo. Por primera vez en Francia, los Tribunales de Justicia han condenado a un hombre por faltar a la promesa de matrimonio que había hecho a una mujer. Las relaciones duraban ya cuatro años, con el consentimiento de las familias respectivas. Al cabo de ese tiempo, los padres del novio escribieron a la dama que, después de pensarlo, habían descubierto que su hijo era demasiado joven para casarse. Llevado el asunto a los Tribunales, los jueces resolvieron que si el mozo era joven a los cuatro años de noviazgo, más lo era cuando lo comenzó, con el beneplácito de sus padres, y, en consonancia, han condenado a éstos a 15,000 francos por daños y perjuicios.

No ha sido menester crear una nueva ley como base a esta sentencia; ha bastado la aplicación del artículo 1382 del Código Civil francés, según el cual «aquellos que causan perjuicio a otros son responsables de su reparación». El perjuicio, según el Tribunal, es evidente, y lo explica así: «La ruptura injustificada de una promesa expone a una muchacha a la pérdida pública de su reputación y hace que sea extremadamente difícil para ella conseguir otro contrato matrimonial».

Ese fallo crea una jurisprudencia que ha de tener, probablemente, larga repercusión en las costumbres francesas. Lo interesante de esa sentencia no es la novedad en sí, sino la novedad en un país que, como todos los de procedencia latina, ha mantenido hasta ahora una absoluta lenidad para semejantes deslealtades de los hombres. En los países del Norte, y sobre todo en Inglaterrra, el *breach of promise*, el quebranto matrimonial, se considera desde hace mucho tiempo como un delito que hay que purgar con crecidas indemnizaciones. Tan sensible ha sido el espíritu de justicia de los tribunales británicos ante los numerosos casos en que los hombres empeñan y violan su palabra, con ligereza ya inconsciente, ya maliciosa, que no han sido raras las inversiones de las tablas de la ley, convirtiéndose las presuntas víctimas en victimarias. No pocas mujeres han llegado a hacer profesión lucrativa, hábilmente explotada, de las promesas frívolamente otorgadas e incumplidas de hombres demasiado ingenuos o demasiado confiados. Pero estos abusos de la ley no destruyen, por eso, la justicia y necesidad de su existencia.

En Francia se había castigado hasta ahora a los seductores, aunque tampoco con excesiva frecuencia. Los países donde más se ha profesado el culto de Don Juan—ejemplo singular de influencia de la literatura en la vida—han tenido siempre gran benevolencia con los burladores e inexorable severidad con las burladas. Ni siquiera se ha llegado aún, en los países meridionales, a aquella irónica actitud de Sancho, siendo Gobernador de su ínsula, que primero condena a resarcimiento monetario al rústico Tenorio y luego deshace lo hecho, aduciendo qne si como la burlada defendió la bolsa hubiera defendido la honra, no tendría que llorar ningún quebranto. Esta es, sin ironía, nuestra moral ambiente: la culpa de un traspiés del honor corresponde por modo exclusiva a la mujer, nunca al hombre. A la víctima no le queda otro recurso que tirarse por la ventana—como ocurrió recientemente en Madrid—, o el prostíbulo—como ocurre todos los días—, o la venganza sangrienta de su padre o su hermano sobre el seductor—como ocurrió asimismo, no hace mucho, en un pueblo del Norte de España—. Los españoles vivimos aún en una atmósfera moral calderoniana porque hay excesiva tolerancia con las costumbres donjuanescas.

Francia, por lo visto, se dispone a atar corto ciertos abusos. No sólo los burladores efectivos, sino también los platónicos caerán en lo sucesivo dentro de las leyes penales. El espíritu antidonjuanesco del Norte desciende poco a poco hacia el Sur. No hay que lamentarlo, porque Don Juan no es tanto la infinita sed amorosa como la infinita irresponsabilidad; no tanto un hombre sin límites biológicos o sentimentales, como un hombre sin moral. Para los de su linaje se ha creado el Derecho, que es la moral compulsiva, cuando no quiere ser espontánea y libre. Poco a poco se le va cerrando el mundo; pero siempre le quedará a Don Juan su patria, España, porque los Pirineos son altos y los españoles, admiradores de sus proezas.

(Editorial de *El Sol*, Madrid).

En lo sucesivo—señores agentes y suscritores de provincias—sírvanse remitirme *invariablemente* los fondos bajo *cubierta certificada* o en forma de *giro postal;* que sin ello suelen perderse.

El costo del certificado, o del *giro*, lo incluirán en la suma que me remitan.

El Editor del REPERTORIO

Mussolini duce

Roma, 1923.

En torno a una figura imperiosa se congregan las fuerzas de la Italia exuberante. Benito Mussolini es el condotiero de ojos vigilantes, el capitán de pueblo, el Hombre, simplemente, para los que ponen su devoción en una mayúscula. Cuando se disolvía el reino, cuando se dudaba del porvenir, ante el inminente caos, afirmó los derechos de su patria a la inmortalidad. En nombre de un grave nacionalismo predicó y ordenó la violencia. Dictador, Imperator—enhestan su voluntad para obedecerle y hallan nuevas razones de esperar los más generosos italianos.

Físicamente, dicen sus partidarios, se parece a Napoleón. Para redimir a su raza ha resucitado el Corso magnífico. El retrato destinado a popularizar los rasgos viriles de Mussolini acentúa la semejanza. Acabo de admirar el busto de Canova, recuerdo la apostura más apolínea que marcial del general Bonaparte en el retrato de Gros. El *duce* viene del pueblo: es rudo y fuerte, mentón de voluntad, quijada poderosa. El cuerpo robusto parece concentrado para la acción. Le falta la aristocrática palidez, el perfil romano del César Francés. Más mo ilidad en los ojos, menos intensidad en la mirada. Fisonomía de Imperator, pero no de semidiós.

El *duce* va a cumplir cuarenta años. Con un diploma de maestro de escuela se preparó a conquistar la vida. Se reveló pronto en él un agitador, un capitán de voluntades. Vivió en Suiza, ensayó varias rutas, escribió en hojas revolucionarias. Fué expulsado y volvió a Italia, donde se distinguió, en públicas reuniones, como agresivo socialista. Triunfó en el Congreso de Ancona su franqueza, su áspera elocuencia. Pronto le encargaron la dirección del órgano del partido, el célebre *Avanti*. Orador, polemista, congregaba y dominaba a las turbas hasta 1914, el año fatídico.

Estalla la gran guerra y Mussolini pide la intervención de Italia en el conflicto. No acepta la neutralidad, rechaza el vago internacionalismo de su partido. Se separa del diario y de la agrupación política y funda, el 15 de noviembre de ese año, un periódico en Italia, *Il Popolo d'Italia*. Desde sus columnas predica la necesidad y la santidad del combate para realizar el ideal italiano, la temible eficacia de la sangre. La sangre «imprime movimiento a la sonoro rueda de la historia», escribió alguna vez. Abandonó pronto el periodismo militante para vivir peligrosamente en las trincheras. Al fin, combatía su patria al lado de los aliados y podía él, después de acuciar batallas, convertirse en soldado de clara acción. Fué gravemente herido y volvió a su diario dilecto para continuar la terrible lucha por las tierras no redimidas. Acusó después de Caporetto, escribió con sangre, según la



BENITO MUSSOLINI

(Según *El Mundo* de México, D. F.)

lección del filósofo, contribuyó a la victoria definitiva.

La paz no le satisface, las obscuras discusiones del Congreso de París, la intervención de principios wilsonianos en la vida de Italia, claudicaciones y flaquezas, y con ellas un gran desencanto colectivo. Surge entonces el Fascio de combate, preparación de reivindicaciones ineludibles, órgano de crítica armada, de violento nacionalismo. Un héroe poeta afirma en Fiume la tensa voluntad italiana. Los políticos no comprenden el gesto admirable: transigen, discuten, se lamentan. Dolor de Boabdil, funesta abdicación. Nitti no cree en la victoria, Giolitti cede ante el comunismo, el mesianismo eslavo invade las feraces campiñas italianas. El Estado literal se ha convertido en máscara detrás de la cual no descubrimos realidad alguna, afirma el fascismo. En efecto, el Gobierno se resigna y renuncia a luchar. Acepta en el orden diplomático, las fronteras impuestas por ominosos Tratados; tolera la invasión de las fábricas por ignaros obreros.

Conocemos la historia reciente del fascismo agresivo. Después de victorias locales, se organiza para la conquista del Poder. Derriba o dispersa a los partidos parlamentarios, marcha resueltamente hacia Roma, y, por medio de una revolución que pudo ser cruenta, se instala en el Gobierno; por treinta años, declara el jefe sonriendo.

En tres meses de Gobierno, Mussolini ha fundamentado las más serias esperanzas. Es reformador de acción firme, sin digresiones oratorias. No transige con los partidarios de la «antinación». Llama así, adoptando el vocabulario de la *Acción Francesa*, a cuantos no sienten la virtud del santo egoísmo nacional. Amenaza a los comunistas, los priva de una peligrosa libertad. O ceden o los aniquila sin piedad. Tampoco acepta la colaboración de la masonería, tenebroso y arcaico poder que dudó de la victoria y con veleidades de humanitarismo enflaqueció el ser nacional.

Ha prohibido los juegos de azar como si quisiera enseñar a su pueblo que sólo un continuado esfuerzo puede encadenar el porvenir. Ha separado de la Administración a muchos empleados, porque no admite que continúe en aparente actividad una burocracia parasitaria. Economías, severidad en las finanzas, tal es uno de los artículos fundamentales de su reforma. El ministro de Stefani colabora, con inflexible voluntad, en esta campaña. Italia debe cuarenta mil millones de libras esterlinas, tremenda obligación para un país relativamente pobre, en el cual vastas regiones inexplotadas no contribuyen todavía a la formación de la riqueza nacional. El dictador tendrá que establecer nuevos impuestos, herir intereses de sus propios partidarios, imponer sacrificios a la fortuna constituída.

Ha organizado una milicia nacional, como si quisiera evitar el funesto estallido de nuevas revoluciones. Parece que quisiera despojar al fascismo victorioso de su primera y necesaria violencia. Se propone, contra los postulados del socialismo, privar al Estado de algunos de sus atributos económicos, limitar su acción, estimular la intervención de compañías y sindicatos. En lo que atañe a la instrucción, prosperará bajo el nuevo régimen la escuela libre. El ministro filósofo, Giovanni Gentile, amigo de Benedetto Croce, desconfía de la escuela oficial, oficina de liberalismo y de incredulidad. Ha vuelto a las escuelas el crucifijo desterrado. «Las nuevas genera-

ciones tienen necesidad de misticismo y de fe», escribe el diario oficial, justificando la reacción inminente.

En discursos que fueron importantes etapas de su acción política, ha definido el dictador su doctrina. Programa «plástico y dinámico», breve catecismo de ideas que mueven a la acción y que él adecúa a realidades que se transforman. A quienes le piden rigor y rigidez de sistema, contesta: «somos un movimiento, no un museo de dogmas y de inmortales principios». Hace dos años declaraba el fascismo su fe en la República y condenaba al Senado; hoy se adhiere a la institucion monárquica y defiende a los padres romanos. Nadie le acusa, sin embargo, de oportunismo. No transige en lo esencial y abandona al tiempo y a sus enseñanzas la parte objetiva de sus teorías. Además, odia la actitud de los reformadorés mesiánicos. «No traemos verdad revelada», ha dicho alguna vez, «ni tenemos una visión apocalíptica o catastrófica de la historia». Ni aspira a la perfección ni pretende destruir por destruir, con una suerte de sadismo que se complace en acumular ruinas sin tregua. Ha leído a Platón y sabe que aplicadas sus teorías a las ciudades griegas, habrían engendrado un terrible desastre. Sólo en los libros de los filósofos, afirma el *duce*, existen regímenes acabados.

Disciplina y violencia, he aquí los aspectos cardinales de la actividad fascista. El jefe enseña a sus legiones que hay en la obediencia «un orgullo a la vez humilde y sagrado». ¿Cómo aprender a dirigir multitudes sin haber aceptado una disciplina? Sólo conociendo los beneficios de la autoridad se puede asumir funciones de caudillo o capitán de gentes. Si se inclina el individuo a la licencia, si prefiere la anarquía al orden, se le obligará a obedecer, a someter su yo rebelde por medio de la violencia. Mussolini repite una de las fórmulas del libro fundamental de Sorel: «La violencia no es inmoral». En determinadas ocasiones expresa una altísima convicción; un imperativo ético la explica y justifica. Es entonces, en «situaciones gangrenosas», la violencia, de un orden «moralísimo y y sacrosanto». De un tajo cortar nudos que parecían destinados a perdurar. A otros la moral tolstoyana o humanitaria, credo de esclavos. El fascismo, inspiránnose en antigua máxima, trata de superar en el bien a los amigos y en el mal a los enemigos. La historia de las grandes épocas le muestra que los conflictos de intereses y de ideas constituyen siempre un «problema de fuerza». Dócil a esa severa lección, se sirve de la violencia el nuevo régimen romano para imponer la restauración en un país victorioso, para salvar a la Italia de Vittorio Veneto, «exuberante de vida, de arranque y de pasión».

No la violencia como método, como sistema, sino en casos de dolorosa excepción. Mussolini es el cirujano de hierro que acuciaba Joaquín Costa para España. Corta, sumerge en sangre sus manos activas y ardientes, obedeciendo a una urgente necesidad.

Un nuevo Estado van a fundar las audaces legiones negando un orden destinado a fenecer, lo que el condotiero llama con desdén la «superestructura socialista democrática»; impía organización, dentro del reino, de las fuerzas enemigas de Italia. El país quiere vivir, aspira a una legítima, a una necesaria expansión; sueña en el Imperio que vendrá. «La regere imperio populus», cantaban los latinos. Virgilio agregaba: «et debellare superbos». A los poderosos de Europa se dirige el régimen flamante para humillar su soberbia y poner límites a la fuerza desatada.

La Roma dulcísima de D'Annunzio se convierte en capital austera y áspera. El dictador medita al crear el estado futuro. El Coliseo, las piedras santas, se le antojan grandezas del pasado. El no ama los museos sino el campo abierto, las voluntades tensas y la tierra en gestación. Estudia soluciones; practica, como el maestro francés Charles Maurras, un empirismo organizador. Se inclina ante el rey, mantiene la monarquía porque representa la «continuidad histórica de la Nación» Ha de conservarla si no se opone—y no ha de oponerse ciertamente—a la voluntad de la nueva Italia. En cuanto al Parlamento es, declara, un «juguete» para el pueblo. ¿Por qué no conservarlo en estos años grises en los cuales es ardua y amarga la existencia? Pan y juegos pidieron siempre las masas dolientes.

El caudillo fascista no es enemigo de la democracia, pero tampoco cree en la fuerza muda del número. No adoro «la nueva divinidad», la masa, ha declarado, porque el número es muchas veces contrario a la razón y en las minorías está la voz de Dios. Del grupo estrecho viene la luz, la fuerza para las trasmutaciones ineludibles. El socialismo ha creado un nuevo ídolo falso: la multitud.

Frente al socialismo, ha definido el dictador su actitud. El pueblo es parte esencial de la Nación, en la guerra y en la paz; sus intereses y sus inquietudes, sus ambiciones y sus reivindicaciones, preocuparán siempre a los estadistas que no obedezcan a prejuicios de clase. Cabe, en las direcciones de la política reformadora y restauradora, un sindicalismo fascista. ¿Por qué ha de olvidar ésta que así como tropezamos con un proletariado «infecto» existe también una «infecta» burguesía? La virtud, el vicio, no son monopolio de determinado grupo dentro de la nacionalidad.

El interés burgués, la rebeldía proletaria, pueden combatir en el cuadro de la patria. Nada supera a ésta, a su existencia, a su perpetuidad, en el orden político. La diosa Italia, como la diosa Francia de Maurras, impone devoción, obediencia y sacrificios. Hemos creado un mito, es decir, una gran pasión, exclama orgullosamente Mussolini: la Nación y su necesaria grandeza. ¿Qué puede contra ella el virus asiático, la confusión eslava, una metafísica ilusiva? En el combate entre fascismo y comunismo descubre el jefe la lucha entre Oriente y Occidente, el caos y el sentido de realidades precisas, el mesianismo y la fría razón.

En suma, ninguna escueta teoría pone trabas a su patriotismo, a su amor a la futura Italia. No sólo yerra, según el caudillo, el socialismo, sino que la misma democracia muestra su desdén por la historia cuando afirma que son inmutables los principios; que, en determinadas ideas, se encierra la verdad definitiva, para todos los tiempos, para todos los pueblos. ¿Por qué ha de venir, después de la democracia, una superdemocracia? Puede darse en este siglo otra forma política, cambios que presenten la apariencia de regresiones. Sin prejuicios, Mussolini observa y discute.

Ya ha corregido los mismos excesos del fascismo: la violencia inútil, el odio creciente que armaría a dos Italias en larga lucha y alejaría el advenimiento de la paz civil. Acaba de re-

ferir en el número de enero de su revista *Jerarquía*, que llega para la revolución triunfante el «tempo secondo», una segunda faz en que avanzará por grados, sin temores de senectud ni impaciencia de mocedad». Ha terminado ciertamente el reino de los dioses menores; de Giolitti, de Nitti, de Orlando, viejos capitanes fatigados, pero los hombres nuevos prefieren «la marcha romana de cuadradas legiones a los saltos mortales de Moscú». Progresar sin destruir: «nulla dies sine» línea, es el lema fascista; a cada día corresponde una tarea peculiar. El tiempo consolida estas operosas y lentas construcciones.

El *duce* es capaz de esperar, de contemporizar; puede, como el Fabio de la antigua Roma, sentir proclividad hacia soluciones prudentes, atribuir al tiempo una función esencial en su obra excelente. Ante algunos de sus gestos teatrales, ante la violencia de determinados discursos, declararon sus émulos que le arruinaría un salvaje ímpetu, que faltaría siempre a sus actos la mesura. Mussolini había escrito que Kerenski era un dictador de cartón. Para abrumarlo los socialistas le llamaron Kerenski, capitán locuaz que desataba su energía en arengas.

El jefe del fascismo ha sorprendido a sus enemigos porque sabe esperar. Giuseppe Prezzolini, que ejerce tan sutil influencia sobre las nuevas generaciones italianas, me dice que conoce a Mussolini desde hace veinte años, desde que dirigía, en Florencia, la *Voce;* y que sabe cómo reune a una formidable voluntad un entendimiento que calcula, una lógica fría. Puede llevar a terribles extremos la lucha y detenerse luego para evitar ruinas, obedeciendo a un firme sentido de la mesura. Autoritario, a menudo egocéntrico, según su biógráfo Pietro Gorgolini, se rodea de hábiles consejeros, busca activos ministros.

Fácilmente se convierte en ditirambo el elogio de sus partidarios, tan fuerte es la acción que sobre las voluntades circunstantes ejerce esta individualidad soberana. En torno a él, escribe el señor Emilio Settimelli, al trazar el retrato del Animador, «todas las cosas parecen frágiles y transitorias, los hombres criaturas de una raza inferior». Aun quienes le discuten reconocen que es un «gran artista de la acción». Se le ha comparado con Cavour y con Crispi, con los grandes estadistas italianos desde la época del «Risorgimento».

Rasgos nopoleónicos dan a su fisonomía moral singular prestancia en tiempos de desencanto y de flaqueza. Creo que no ama a los ideólogos. En el principio de toda grandeza está la acción, diría él, como el Fausto. Le inspira «irresistible fastidio» la elocuencia. Ha pedido, como Verlaine, que se le tuerza el cuello en tierra de tradición ciceroniana. Para él, se convierte el discurso en breve comentario de una intensa acción. En silencio prepara planes de combate, y pone, al ejecutarlos, una rectilínea voluntad, sin remordimienio y sin fatiga. En el duelo hermano y cotidiano de la pasión y de la razón, del instinto y del deber, el *duce* se inclina resueltamente a un orden en que triunfan ideas claras y normas precisas. Se adelantó a él Napoleón declarando que de vivir en su época Corneille creador de héroes completos, le elevaría a la dignidad de príncipe. También, bajo la dictadura fascista, se vuelve a Leopardi en literatura; en arte, a Cánova, como si se sintiera la fatiga de lo desmesurado y atormentado.

Es un clásico, ha dicho de Mussolini un escritor que le estudia sin excesivo entusiasmo, Mario Missiroli, porque «sabe interpretar las pasiones sin sentirlas». Crea emociones colectivas y las domina; levanta mitos sobre la angustia humana; y, mientras deja a otros el romántico frenesí, imperturbable, conserva una desencantada lucidez en su actitud.

Hace treinta años, estudiando la grandeza y la miseria de los Aurispa, familia señorial, D'Annunzio se lamentaba evocando a las razas decrépitas ¿Dónde está, preguntaba, el «dominador fuerte y tiránico» que por «la energía de su voluntad podrá elevarse sobre el Bien y sobre el Mal»? Para él quería la corona de rosas de Zaratustra. Allí está Mussolini que satisface esa terrible esperanza. Es el «príncipe» de Maquiavelo, el *duce* tranquilo, porque es fuerte, a la cabeza de un pueblo que cree siempre no en la sumisión sino en el poder, en la *virtú* cruel, altiva y segura de los hombres del Renacimiento.

(*La Nación*, Buenos Aires).

Teoría salvadora

Por BAGARIA



MUSSOLINI.—Per a sere bono gobernante hay que amordazare a tutto l'enemico di gobernanti, que sono il giornale, il populo, la famiglia; en una parole, tutta l'Italia.

(*El Sol*, Madrid).

Poemas en prosa sobre la mujer

MUJER madre, tiéndete sobre la tierra y hazte tierra; santifícate, lávate de tus viejos pecados con la sangre de tu dolor al bifurcarte.

Mujer madre, entrégate a tu hijo hasta olvidarte de ti misma. Mujer madre, cuando llegues al fin de tu amor y de tu ardor, ya no eres tú, ya no vas a vivir para ti. Mujer madre, tú no debes ser egoísta.

Recibe al hijo con veneración, recibe en él el perdón de tu culpa, y cumple, con el último de tus servicios, tu condena por haber sido impura.

Mujer, hazte un rizoma, y da lirios; levanta sobre ti, ya que te has enterrado en el polvo, un cepo de lirios.

Mujer madre, educa a tus hijos con el ardor con que te entregaste al amor; pon en tu diaria paciencia, el tesón que ponías en tus horas para buscar al amado. Muestra que tu empeño en hundirte hasta el corazón oscuro de la tierra, fué el empeño tembloroso de hacerte raíz. Muestra que no eres ciega y sin conciencia, como un animalito, sino que tu voluntad guía tus pasos. Prueba que sabías lo que buscabas a través de las sedas del beso, y que no rehuyes la espina, que sabes sacrificarte porque supiste amar.

Mujer, recibe la maternidad como una corona; como una corona tejida de lirios y de espinas. Lleva con orgullo tu pecado, porque llevas en tus brazos la redención.

Bendición

MADRE, mi árbol, mi brazo duro te refleja; mi carne nueva te repite; madre, lejana madre de mi madre, vives aún. Tus párpados deshechos miran en la tierra, todavía la gloria del señor.

Tu carne tiembla, tu pasión vive; tu pensamiento no se ha esfumado del todo.

Tus manos tejen aún al atardecer mirando los caminos.

Madre lejana de mi madre, tus labios callan, pero los míos hablan por ti.

Se hace palabra en mi lengua, lo que tembló como un aleteo doloroso en tu pecho; se hace realidad para mis ojos, lo que fué éxtasis en los tuyos.

Madre lejana de mi madre, no en vano limpiaste de impureza tu pensamiento, que con ello dejaste sano el mío. No inútilmente cuidaste tu boca de injuria y de calumnia, para no dejar a la mía, raíces de yerba mortal.

Madre, no en vano arropaste tu seno con velo impenetrable mientras me concebías, como cubre el médico del aire que contamina las gasas y vendas que han de tocar la carne abierta.

No inútilmente para mi día, evitaste mentira y mal pensamiento mientras traspasabas la leche alba de tu seno.

No inútilmente depuraste tus sueños mientras dormías junto a mí por las noches, temblando, como si durmieras junto a una placa fotográfica, que grabara los pensamientos para reproducirlos, que no otra cosa, madre, es la carne de un niño recién nacido.

Madre de mi madre, no inútilmente fuiste resignada, que la resignación dará flor a mi frente.

Madre lejana de mi madre, desviaste tus ojos de las cosas que lastiman el pudor, para que los míos no tuviesen curiosidades insanas.

¡Benditas mis madres todas, que se salvaron salvándome de contaminaciones impuras!

¡Benditas las manos que se gastaron en caricia, labrando el alma del hijo, como gasta la suya el artífice, desbastando el mármol hasta dejarlo inmortal!

¡Benditas las lenguas pías y los corazones sin rencor, de las madres de mis madres lejanas!

¡Benditas las primeras que arrancaron, con trabajo y con desolación, las yerbas de las pasiones, que envuelven primero con blandura, para dejar cicatrices no borrables, hasta la carne de cuatro generaciones!

¡Benditas! ¡Benditas las mujeres serenas, que no rebañaron el caso de las ofrendas prohibidas, con que la vida tienta a las infelices que llevan la carne llagada con las llagas de los malos deseos!

¡Benditas las madres, todas las madres, limpias, que no dejaron lacras en sus retoños tiernos!

Profesión de fé

SEMILLA, yo no deseo que no te siembres, pero quiero que al entregarte a la tierra que ha de hacerte germinar, te laves.

Que cuando te ocultes del sol de los ojos de todos para multiplicarte, estés limpia, que te hayas bañado con las aguas ácidas que matan los gérmenes nocivos, como bañan los maíces, para las buenas siembras.

Perdono, mujer, semilla de hombre, todos sus yerros y ligerezas, si en el instante de tu germinación, te sientes sagrada y te arrodillas delante de ti misma, y comprendes que el señor te toca y te redime.

Perdono todos tus mayores yerros y aún te entrego las mirras de mi respeto, si mientras lactas a tu hijo, te limpias aún de pensamiento, y lo envuelves en coraza de amor, y le plasmas en la carnecita tierna, pureza.

Mujer joven

MUJER, vive esperando con respeto que el señor te llame; ser madre es el más grande de los sacerdocios. ¿Cómo lo pides tu a gritos? ¿Cómo te declaras tu misma digna de persistir en las edades?

Júzgate con claridad, no pienses que tu ardor de juventud marca tu vocación. Sólo la pureza del animal puede entregarse en las manos de Dios por la senda del Instinto.

Te ha oído

DE rodillas, mujer, el Señor te ha oído y te juzga digna. Recoge tu alma como para el más santo de los Sacramentos, no importa que estés en medio del campo o de la sala de pecado; no importa que la pasión te tenga ciega en una quebradura de montaña; recógete.

JOSEFINA ZENDEJAS

(*El Heraldo de México*, México D. F.)

Urbanismo en Oregón

EL desenvolvimiento del Urbanismo en los Estados Unidos, venía caracterizándose, más como práctico y utilitario, que como estético, a diferencia de las orientaciones de este orden en Europa, muy principalmente en Alemania, donde, desde la revolución intelectual producida por la obra del eminente urbanista Camilo Sitte, el embellecimiento de la ciudad ha sido una honda preocupación nacional. Pero recientes manifestaciones de progreso en ciudades norte americanas, muy especialmente del Oeste, marcan una nueva tendencia estética en el urbanismo americano, pudiendo citarse en este sentido, la nueva idea de una Avenida de Rosas en la ciudad de Portland, Estado de Oregón.

Trátase de una avenida con cuatro millas de largo, comparable con las más bellas de ese carácter en Inglaterra y en el Japón. Desde enero de 1920, uno de los más importantes clubs de Portland, planteó ante la opinión pública la idea de un camino bordado de rosas, que conectara el boulevard Sanddy, con el famoso paseo al lado del río de Columbia. Otros clubs y varios elementos oficiales se interesaron en el asunto, nombrándose una comisión que estudiara el caso y formulara un proyecto. La oficina municipal de parques, ofreció 21,000 matas de la flor llamada Carolina Testous y 4,500 de la flor Dorotea Perkins, además de un gran número de ofrecimientos particulares y de otras instituciones.

La elección de esas flores, se hizo por el gradual crecimiento de esas plantas en los jardines de la ciudad, siendo allí costumbre celebrar cada año, desde 1889, una exposición de rosas, en consecuencia de lo cual, la llamada Carolina se ha considerado como la rosa oficial de Portland. El año 1890, se celebró allí un «Festival

de Rosas», y la rosa oficial de Portland, fué extraordinariamente premiada por su belleza y por su exquisito desenvolvimiento. Con esos antecedentes, la avenida de las rosas es la culminación de una serie de ideas y de planes, que han tenido popularidad creciente en la ciudad de Portland, la cual, desde hace 25 años, en una Asamblea General Presbiteriana, fué llamada «la ciudad de las rosas». Más tarde, en 1905, en otra Exposición, esa rosa fué declarada «Reina de las Flores», y grandes ramos fueron presentados como obsequios a todas las mujeres que visitaron la exposición. Se fundó, entonces, la «Asociación de las Rosas de Portland», y otras instituciones análogas, para estimular esos cultivos, movimiento que tomó una mayor intensidad en Portland, cuando se estableció en Washington Park, el año 1917, un «Jardín Internacional de experimentación de Rosas», en relación con la «Asociación Americana de Rosas», dando esto base para que se trajeran a los Estados Unidos muchas muestras de plantas de rosas europeas.

El boulevard Sanddy, al cual va a terminar la nueva Avenida de las Rosas de Portland, es un camino recto, que corre diagonalmente a través del barrio residencial de la ciduad, en una atractiva región campestre, hasta llegar al río Columbia.

Bajo la dirección de C. P. Keyser, superintendente del Departamento de Parques de Portland, se han preparado todos los detalles para que rápidamente queden plantados, a derecha e izquierda, los miles de rosales antes referidos y muchos miles más están preparados para hacer de la Avenida de las Rosas, en Portland, uno de los más bellos ejemplares en su clase. Apoya con entusiasmo estos progresos urbanistas de los Estados Unidos, la famosa revista norte-americana *The American City*, de donde tomamos estos datos, y es seguro que esa magnífica idea será pronto imittada por otras muchas ciudades de la vecina gran república.

(*Revista Municipal*, Habana).

Página lírica

De Rafael Alberto Arrieta[1]

LA VISION OPTIMISTA

Mi vecino, al pasar esta mañana,
me dió los buenos días y dejó en mi ventana
tres rosas de su huerto, fragantes, deliciosas,
húmedas de rocío. Desde un cristal, las
cual tres imaginarias, ideales [rosas,
cabezas fraternales,
sobre mi mesa asisten a mi trabajo. Siento
el solidario apoyo de su aliento
común en que la idea se perfuma
de bondad y al surgir besa la pluma.

¡Oh, clara, fresca y suave compañía
que me hizo bueno en todos los actos de
[este día!
pues fué mi corazón como una fuente,
pródigo, musical y transparente;
fluyó de mis palabras recóndita dulzura;
ni la violencia ni la crispatura
mancharon el espíritu o la mano
llenos del oro del cariño humano,
y ¡oh, noche! en esta hora bella y santa
del ensueño, mi amor se aviva y canta.

Vecino: si los hombres supieran obse-
[quiarse
con rosas de su huerto al saludarse,
si al pasar como usted esta mañana
nos dejáramos todos la flor en la ventana!
¡Cordialidad sencilla, propósito clemente,
comunidad viril en la belleza!
¡Armonía del músculo, la frente
y la delicadeza!

EN LA RIBERA

Dijimos al batelero:
—Pásanos en tu batel.
—Pasaré a uno primero,
luego al otro, dijo él.

—Batelero, no pasamos
si impones separación,
que Amor y Dolor estamos
unidos a un corazón.

LIED

Eramos tres hermanas. Dijo una:
«Vendrá el amor con la primer estrella...»
Vino la muerte y nos dejó sin ella.

Eramos dos hermanas. Me decía:
«Vendrá la muerte y quedarás tú sola...»
Pero el amor llevóla.

Yo clamaba, yo clamo: «¡Amor o muerte!
¡Amor o muerte quiero!»
Y todavía espero...

LOS CAMINOS

—Tú que fuiste y retornas, indícame la
[ruta
mejor. Parto, y quisiera seguir tu clara
[huella.
—Caminos de la hoja fugaz... de la im-
[poluta
nube... del ala joven... de la divina estrella...

CANCION DE LAS NOCHES DE PLATA

Bajo el hervor de blancura
de un cielo terciopelado,
penétranos la dulzura
del silencio iluminado.

Celeste diafanidad
que a las almas da su emblema
y a los sueños la suprema
cristabilidad.

Las horas se han detenido
junto a la muda fontana
del deseo y del olvido,
del ayer y del mañana.

Y en armoniosa unidad,
nuestro latido disperso
comparte la ubicuidad
de un astro en el universo.

¡Eternidad ilusoria,
dulce engaño de un momento
en que rompe el pensamiento
su alianza con la memoria!

¡Magia de la fantasía
que al suave claro de luna
nos va disolviendo en una
vasta y múltiple armonía!

Creemos inmortal la hora
que pasa rápidamente,
sin presentir a la aurora
que ya palpita en oriente.

Cautívanos el risueño
serafín de la quimera
y vamos hilando un sueño
de noche de primavera.

Y si en tanto palidece
el argentino raudal
de la comba sideral,
y tiembla y se desvanece...

¡nada importa! Dominados
por el goce inaccesible,
siguen los ojos clavados
en una estrella invisible...

LAS NOCHES DE ORO

Tenemos el corazón
abierto como una rosa
y liba en él, mariposa
de juventud, la ilusión.

En los labios musicales
canción y beso han nacido
juntos, al calor del nido
de los ensueños cordiales.

Los ojos, a toda forma
dan su dulzura, y en torno
armonizan el contorno
con la visión de su norma.

Y vemos crecer el día
como un árbol, a la vera

1) Argentino.

de un amor de primavera
que canta, espera y confía.

(Ya van las horas fatales
hilando la eternidad
con esta fugacidad
de nuestras vidas mortales.

Mas nada en redor advierte
la inevitable presencia:
tal es la ilusoria ausencia
del dolor y de la muerte...)

Miramos crecer el día
como un árbol absoluto
de cuyo inminente fruto
se nutre la fantasía.

El sol renueva las cosas
con su oro matinal,
y da su amor sustancial
a las almas y a las rosas...

¡Inefable beatitud
la de estar sano y ser bueno
y adormecerse en tu seno,
pasajera juventud!

Serenidad, honda fuente;
en tu espejo cristalino
muéstrame casi divino:
silencioso y transparente.

PALACIOS DEL PUEBLO

La igualdad en la cumbre

Los programas circulan por todo el mundo... Ahora, en estos primeros días de agosto, algunos de los palacios reales e históricos castillos de Germania se hallan convertidos, por iniciativa de la Federación Sindical Internacional, en residencias obreras y escuelas de verano, donde viven y estudian grupos de proletarios procedentes de los más diversos países de la tierra. ¡Señales de los tiempos!.., Modestos trabajadores, que acaban de dejar en el taller lejano las herramientas del oficio, atraviesan hoy, al salir del dormitorio, las famosas galerías de espejos del palacio de Schonbrunn, donde se miraban sonriendo, al pasar, las damas de María Teresa, o siguen un curso breve sobre problemas sociales en la sala, magníficamente decorada por pinceles italianos, donde, años después, departían los generales de Napoleón, mientras el emperador firmaba los Tratados con Austria.

Sí, sí...—se dirá tal vez—. Esto es lo de Rusia. El mundo al revés; la tortilla que se vuelve; los rencores plebeyos, violentamente satisfechos. Antiguos magnates barriendo las calles en Moscú; grandes duques pasando hambres en el destierro de Finlandia; princesas sirviendo como camareras en los cafés de ciudades balkánicas... Ahora, las rudas botas proletarias se gozarán en manchar con su barro igualitario las regias alfombras que apenas rozaron los rojos tacones aristocráticos y los vuelos perfumados de las faldas de seda.

No. Es todo lo contrario. Estas escuelas sociales que abre en sus palacios de Austria y Alemania la Sección de Educación Obrera de la Internacional de Amsterdam, no responde al mezquino criterio de nivelación por abajo—que constituye el mayor peligro de toda democracia—, sino que encarnan el generoso sentido de una nivelación hacia arriba, haciendo que sea cada vez más, sin distinción de origen, los que puedan elevarse a los refinamientos materiales y espirituales de la civilización. No se busca la igualdad en la miseria. Búscase la igualdad en la cumbre. No se trata de cortar, con sórdida envidia, las flores más altas del árbol de la Humanidad, sino de procurar que todas sus ramas florezcan, cada cual según su interna savia, como hijas todas de la tierra y de la luz.

Esas escuelas obreras internacionales, con clases en varios idiomas, se instalan este verano en la residencia imperial de Schonbrunn, junto a Viena; en el castillo de Tinz, en Turingia, y en el palacio de Bruhl, próximo a Colonia, construído para su solaz veraniego por el arzobispo, príncipe elector, Clemente Augusto, en los mismos lugares en que ya viviera, emigrado de Francia, el cardenal Mazarino... A esas espléndidas mansiones acuden hoy obreros de distintos países, mediante una pensión modesta, costeada comúnmente por los respectivos Sindicatos y Asociaciones, que tienen empeño en comisionar a alguno de sus mejores afiliados para que, ensanchando su cultura y relacionándose con los intelectuales del mundo obrero, impulsen luego, en su propia patria, el progreso de las ideas y la marcha del movimiento social.

El castillo de Tinz, cercano a la histórica Weimar, la del viejo idealismo y la nueva democracia elemana, y próximo también a los románticos bosques de abetos de Sajonia, se han convertido, después de la revolución, en un internado superior para muchachos obreros menores de diecinueve años. Temas de las conferencias de este verano son, entre otros: «El socialismo y el desenvolvimiento intelectual del trabajador». «La organización de la educación obrera». «Crítica y opiniones modernas sobre el socialismo». «El obrero en el Estado democrático». «Alianzas internacionales económicas y políticas»... Como se ve, no se tiende a la igualdad inferior en un nivel de plebe. Aspírase, por en contrario, a igualar hacia lo alto, obteniendo de entre las mismas masas trabajadoras grupos de jóvenes inteligentes e ilustrados que sepan marchar en las vanguardias ideales del porvenir.

He aquí que ya el pueblo no arrasa los palacios. Aprende a habitarlos dignamente. En el inmenso parque señorial de Schonbrunn, donde las doradas sillas de mano cruzaban sostenidas por lacayos de heráldicas libreas, pasearán estos días sencillos trabajadores discurriendo sobre los problemas del mundo, entre las célebres fuentes y las estatuas de mármol.

Se oirán el acento alemán, el francés y el inglés, confundidos cordialmente, a la hora en que las tres naciones rivales pleitean alrededor del Ruhr. Y en las cámaras suntuosas, bajo las arañas de cristal que iluminaron antaño tantos planos militares, tantos secretos de guerra, se hablará hoy de paz universal. De democracia política y económica se tratará en las imperiales estancias que vieron desfilar solemnemente mantos de armiño, casacas cortesanas y púrpuras cardenalicias...

No hace todavía muchos años, nosotros mismos, en un verano pasado en la aldea sajona de Geiersthal, oíamos las trompas de caza de los monteros y hombres de armas que llevaban bordadas sobre el verde fieltro las águilas negras de los príncipes de Schwazburg. Hoy ya, extinguidos esos últimos ecos de los siglos feudales, serán los jóvenes obreros, estudiantes de Tinz, los que recorran la selva, en excursión fraternal, presintiendo acaso la gran misión de esta generación de la post-guerra, llamada a rehacer con un alma nueva los restos de la vieja Europa.

LUIS DE ZULUETA

(*La Libertad*, Madrid).

Noticiario

(1923)

El 19 de marzo pasado, más de 300 profesores chilenos celebraron la designación de don Pedro Aguirre Cerda para Consejero de Instrucción Pública. Asistió a la fiesta el Presidente de Chile, Excmo. Sr. Alessandri, y entre otras cosas, dijo:

«Quiero, dijo, que se establezca el lazo natural de unión que debe existir entre la educación primaria y la secundaria y especial, para que pueda el niño llegar sin ninguna traba, desde la escuela pública hasta la Universidad o hasta las más altas posiciones de la industria y el comercio, realizando así nuestra educación nacional el prodigio admirable de suprimir la división de clases sociales.

»Quiero que la escuela, el liceo y la Universidad preparen el futuro ciudadano para que desempeñe con éxito sus actividades en la vida real: que le desarrollen ideales, y le creen las aptitudes necesarias. Quiero que la enseñanza sea activa; que las clases dejen de ser un laboratorio en que se torture la mente del niño con el estudio de libros y de lecciones teóricas, para convertirse en un taller, donde se desarrolle el amor al trabajo, la actividad personal, la iniciativa y la inventiva del educando, por medio del trabajo material y de la experimentación personal, ejecutados por el niño bajo la hábil dirección del maestro.

»Quiero que se desarrolle en el niño en forma intensa, el ideal cívico, el ardiente amor a su patria y a su raza.

»Comprendo—agregó—que en manos del maestro, del educador de la juventud, está el porvenir de la patria, y dedico todos mis desvelos y las mejores energías de mi ser a procurar el desarrollo y perfeccionamiento de la educación nacional, que yo quisiera ver a la altura de los más modernos progresos en el arte de formar el alma nacional».

¡Palabras ejemplares!

El escultor español Antonio Parera acaba de concluir el boceto para el monumento a Jorge Isaacs, el autor de *María*, que se erigirá en Cali por encargo especial del Comité Isaacs que funciona en dicha ciudad.

El 15 del pasado abril se inauguró en Madrid el Palacio del Libro.

Es una casa en donde el libro recibe un verdadero culto. En el Palacio del Libro se reciben y se atienden todos los deseos, se contestan todas las informaciones, se ponen en manos del visitante todos los libros.

El Palacio del Libro ha instalado una sala de conferencias y otra de exposiciones que se dedicará por turno a presentar al público las novedades de la librería extranjera y española. Organiza una sección de revistas y publica el interesante «Boletín del Palacio del Libro». La institución de que nos ocupamos pertenece a la poderosa casa editora CALPE.

El sábado 26 de mayo del año en curso se inauguró en la ciudad de México el centro escolar «Belisario Domínguez». Dijo entonces el Secretario de Educación, Lic. don José Vasconcelos, lo siguiente:

«Con este acto no se trata de abrir una escuela en casa alquilada o adaptada a colegio, sino de un edificio construído exprofeso para escuela, sin derroche, pero también sin estrechez, y adecuado a su objeto, que sin duda no hay en la República edificio de escuela primaria que pueda compararse con este. La ceremonia también es de trascendencia especial, porque celebramos un hecho consumado en un país que acostumbra a hacer tantas fiestas alrededor de meras promesas.

»La ceremonia de colocación de la primera piedra la hemos abolido en la Secretaría, porque nos creemos obligados a hacer sin prometer. El bombo de la primera piedra generalmente es un ardid de políticos que buscan ruido, pero no piensan consumar la obra. Yo sé que no trabajo para esta generación, sino para la siguiente, y por lo mismo la opinión de mis contemporáneos me interesa, en tanto que pueda ayudarnos a la obra que se procura hacer, pero personalmente muy poco.

»Esto no lo digo porque me sienta amargado, sino porque así es, y no por ello dejo de agradecer las muestres de aprobación que para todos nosotros significan estímulo y la amplia ayuda que de un gran número de personas constantemente recibo.

»Hacemos, pues, saber, que por fin hay en la capital de la República una escuela moderna de tipo genuinamente mexicano, que puede servir de modelo a las demás de la patria. Digo que es esta escuela genuinamente mexicana, porque para hacerla no hemos seguido modelos extraños, ni en la arquitectura, ni en el decorado, ni en la organización, ni en el espíritu de su enseñanza. Claro está que aquí se encuentran elementos culturales de todas partes del mundo, pero la unidad que ha dado fisonomía a la escuela y la orientación de su enseñanza son exclusivamente nuestras. La arquitectura es en lo exterior una derivación del estilo colonial mexicano del siglo XVII, como lo demuestra claramente la ornamentación de externa y los nichos y cornisas. Se optó por este estilo alegre de ornamentación, que tan común es en Puebla, en Querétaro y en las ciudades de tierra caliente, porque en la capital se ha abusado del tono sobrio del tezontle y queremos que los niños disfruten de un ambiente claro. La planta, naturalmente, es moderna, pero en forma de patios distribuyen con gran acierto los departamentos de la escuela. Los corredores son anchos, de cuatro metros, como se hacía antiguamente. El decorado exterior será de azulejos construídos en la Facultad de Ciencias Químicas de Tacuba, conforme el viejo estilo criollo, y en los corredores pueden ya verse cuentos de las Mil y Una Noches, pintados por artistas de la Academia de Bellas Artes. Las mesa-bancos son de hierro y madera, y como todo lo que hay en el edificio, de manufactura totalmente mexicana. Sólo el material sanitario tuvo que ser importado, porque de otra manera no hubiera correspondido a la elegancia y sencillez del edificio.

Hacemos nuestra esta saludable advertencia de nuestro ilustrado colega «España», de Madrid:

Esta Revista no puede mantener correspondencia con sus numerosos colaboradores espontáneos ni publicar ningún trabajo conforme a la impaciencia del remitente, sino a la medida del orden que le imponen sus límites cuantitativos y sus necesidades cualitativas.

»El costo de este local, hecho conforme a los más modernos metodos de construcción, es de doscientos cincuenta mil pesos, y en la biblioteca anexa se emplearán ciento cincuenta mil. Estas sumas son altas si se tiene en cuenta nuestra pobreza, pero no lo son comparadas con el costo de edificio semejante en esta ciudad, donde la construcción es cara, porque es tan sólida que desafía al tiempo. Debe agregarse que no se gastó en terreno, porque invariablemente seguimos la práctica de construir sólo en terrenos nacionales, por economía y para evitar la especulación de los intermediarios. En la ejecución de la obra rehusamos también el sistema de contrato, haciéndolo todo nuestros propios ingenieros y dando en la compra de los materiales una intervención decisiva al Departamento de Contraloría. De esta suerte, nuestros colaboradores están a cubierto de tentaciones y con la mente libre para pensar en la manera mejor y más eficaz de servir los intereses de la educación nacional. La obra se comenzó en mayo del año próximo y se termina hasta hoy, porque debido a la gran crisis porque pasó la Secretaría de Educación Pública en los últimos meses del mismo año pasado, los trabajos casi se suspendieron y no fué sino hasta enero de este año cuando pudieron reanudarse de lleno.

»Es esta, fundamentalmente, una escuela primaria, pero como además contiene departamentos que comúnmente no forman parte de la primaria, hemos tenido que inventar con la institución un nombre, y la hemos llamado Centro Educativo, porque comprende tres ramas distintas: escuela, biblioteca y bellas artes, las tres ramas en que se subdivide el Ministerio de Educación Pública. La Sección Escolar del edificio está constituída por unos veinte salones de clases con capacidad para un mil alumnos y la sala destinada a talleres, así como el terreno de enfrente que se empleará en un museo y campo de experimentación donde los alumnos podrán estudiar al natural, plantas y animales. De esta manera, la escuela podrá lograr una enseñanza teórico-práctica, fundada en el trabajo que se hace en los talleres y campo anexos, en la observación de animales y plantas y en los textos y lecciones del maestro.

»Contiene también el edificio el patio destinado a ejercicios físicos, en el cual se encuentra la alberca que ocupa toda la extensión abierta de dicho patio y amplio salón de gimnasia que ocupa toda la parte interior de una ala del mismo patio, junto con el departamento de regaderas y vestidores, con capacidad cómoda para un grupo de cerca de ciento cincuenta alumnos a la vez. Por el fondo del edificio se abre un teatro al aire libre, de cemento armado, con capacidad para cuatro mil alumnos y con vista a la cirujía principal de la escuela, el que se destina a la celebración de fiestas con coros y bailes. El departamento de biblioteca vendrá a estar representado en el edificio todavía inconcluso que ocupará el lote anexo, sin calle de por medio, y que estará concluído antes de tres meses. La biblioteca de este edificio no está destinada únicamente a la escuela primaria, sino a todo el público del barrio; el anfiteatro descubierto se destina también a juntas y festividades de los padres de los niños y vecinos y a los orfeones del rumbo; de suerte que no sólo tenemos una escuela primaria de tipo corriente, sino un Centro Educativo para el servicio de la zona correspondiente de la ciudad, integrado por los tres elementos fundamentales de nuestra organización: escuela, biblioteca y bellas artes».

El Ateneo de Madrid ha dispuesto colocar el busto del gran escritor Angel Ganivet en uno de los lugares más ostensibles y honoríficos de su recinto.

En Buenos Aires, República Argentina ocurrió en junio pasado lo que abajo se leerá:

Tuvo lugar en el local que ocupa la escuela Nº 23, del Consejo Escolar 18, situada en la calle Rivadavia número 7728, un sencillo pero elocuente acto de fraternidad internacional con motivo de la denominación de República Dominicana, dado al mencionado establecimiento educacional.

Después de ejecutados los Himnos argentino y dominicano, el Dr. Manuel M. Morillo— distinguido publicista de Santo Domingo—que aprovechaba la ocasión para obsequiar a la escuela con una bandera de su patria, hizo entrega de la misma pronunciando un elocuente discurso, que terminó en medio de los aplausos de la concurrencia, con los párrafos siguientes:

«Esta medalla que ostento, la prendió en mi pecho con sus manos blancas y puras, Misia Dolores, como vosotros llamáis cariñosamente a esa santa y noble viejecita, hija del heroico y malogrado Lavalle, que tuvo la fortuna de conocer a Rivadavia, y a quien vosotros adoráis como una reliquia, porque ella representa todo el pasado glorioso de vuestra patria y esa epopeya que hizo estremecer los Andes.

»Yo os lo aseguro: este homenaje que se rinde hoy a mi patria y esta medalla, son los recuerdos más gratos que llevo de la Argentina. Esta medalla, por venir de quien viene, la llevaré siempre conmigo como un talismán que ha de estimular más y más mis impulsos para proseguir mis campañas por la absoluta redención de mi patria.

»El pueblo que, como éste, pudo decir por boca de sus delegados en el reciente Congreso Panamericano, no como una bella frase nada más, sino como una hermosa, confortante y halagadora realidad, que la Argentina tenía dos maestros de escuela por cada soldado, es un pueblo que tiene que marchar siempre adelante.

»Señores directores del personal directivo y docente de la Escuela REPÚBLICA DOMINICANA: en nombre de mi patria os expreso las gracias más cumplidas por este significativo homenaje, que servirá para estrechar más las buenas relaciones y los lazos espirituales que desde hace tiempo existen entre la Argentina y mi país, y os ruego aceptéis también esta bandera en nombre de la República Dominicana».

Enseguida, la profesora del establecimiento, señora Balbina S. de Fernández Etchegaray, contestó con palabras oportunas que merecieron una entusiasta aprobación.

Luego, una niña, alumna de la escuela, recitó en forma muy correcta una poesía de la poetisa dominicana Salomé Ureña de Henríquez, titulada: «La llegada del invierno», que fué muy aplaudida.

Deben considerarse como inéditos, y remitidos por sus autores, los artículos que no llevan al pie la indicación de dónde proceden.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica